

dades que se imponian á su celo apostólico. Francisco Benincasa fue nombrado obispo de Carpi; Juan Benislawski, que lo era de Gadara, fue además coadjutor del arzobispado de Mohilow; John Carrol fue elegido por el clero obispo de la república inglesa en América, y tuvo á Leonardo Neale por coadjutor en Baltimore; Carlos Palma llega á ser sufragáneo del arzobispo de Colocza en Hungría; Alejandro Allesandretti es promovido á la sede de Macerata; Antonio Smit, nombre célebre entre los doctores en derecho canónico, se ve elegido sufragáneo de Espira; Estanislao Noruszewicz ocupa el obispado de Esmolensko; Segismundo de Hochenwart se sienta en la sede metropolitana de la capital de Austria; Domingo Manciforte acepta el obispado de Faenza; José Grimaldi el de Pignerol, y después el de Ivrée; Alfonso Marsilli es designado por Pio VI para el arzobispado de Siena, y Andrés Avogadro para el obispado de Veróna, donde consuela en su destierro á Luis XVIII, nieto de Luis XV. El mismo honor episcopal aguarda á Felipe Ganucci en Cortona; á Pablo Maggioli en Albenga; á Butler en Limerick; á Keren en Neustadt; á Gerónimo Durazzo en Forli; á Julio César Pallavicino en Sareza; á Gerónimo Pavesi en Ponteremo; á Miguel Sailer en Ratisbona. El P. de Gad, antiguo misionero francés prisionero de Pombal, fue en 1777 nombrado procurador general de las misiones francesas en la China y las Indias.

Para los Jesuitas, proscritos como corporacion, y venerados como particulares, la dignidad episcopal no fue mas que un cargo cuya responsabilidad declinaron muchísimos. Los unos, como los PP. Engelberto Belasi y Carlos Viel, confesores del duque y de la duquesa de Baviera, permanecieron unidos á los príncipes que les habian elegido para directores; los otros se contentaron con funciones mas modestas. Se les arrojaba de la Compañía, su patria adoptiva; pero las ciudades de Italia, que se mostraban tan rehacias en conceder el derecho de ciudadanía á los extranjeros, los acogieron en su seno. Los Jesuitas eran elevados á todos los empleos, y se les encuentra donde quiera, y hasta en los Estados generales y en la Asamblea constituyente, en la que tomaron asiento los PP. Delfau y San Esteban.

Los que no fueron elevados á los honores del episcopado se vieron mezclados por los mismos que les proscibieron al bullicio del mundo y á los trabajos literarios ó científicos de la época. Todos

ellos habian tenido por maestros ó por modelos á los PP. Emanuel de Acevedo y á Cristóbal Maire, apreciados entrambos de Benedicto XIV por sus profundos conocimientos en liturgia y en matemáticas; pero la ciencia no les fue tan fatal como al P. Ignacio Szentmartyonig. En 1750 el rey de Portugal habia pedido al General de la Compañía dos hábiles geómetras para fijar los límites de las posesiones portuguesas y españolas en la América meridional; y fueron elegidos el Jesuita húngaro y el P. Haller. Szentmartyonig parte con el título de astrónomo y geómetra del Rey, el cual prometió recompensar dignamente sus útiles trabajos. El Jesuita consagra diez años de su vida al servicio de Portugal. En 1760 desembarca en Lisboa, y es preso, ahorrado, y Pombal le tiene en sus calabozos hasta el día en que la muerte libra al reino de la impericia del Soberano y de la crueldad del Ministro.

Los Jesuitas habian estudiado en el Instituto todos los ramos de las ciencias; y tanto antes como después de la supresion, satisfacian todas las necesidades. Aquí la corte de Viena enviaba al Padre Walcher á visitar el lago Rofnerlise; y reparando sus diques preservaba las comarcas vecinas de los desastres de la inundacion: en recompensa de cuyos trabajos, María Teresa le nombraba director de la navegacion y de las ciencias matemáticas. Allí el P. Cabral detenia por medio de un ingenioso sistema el salto del Velino, que arruinó tantas veces la ciudad de Terni; y luego cuando fue permitido al Jesuita volver á su patria, pasó diez y ocho años en el destierro en recompensa de haber encerrado el Tajo en su cauce, y salvado de esta suerte las campiñas de las avenidas del rio. Juan Antonio Lecchi reparaba los caminos militares del Mantuano; Vicente Riccati preservaba á Venecia de las inundaciones arreglando los cursos del Po, del Adige y del Brenta; Leonardo Jimenez prestaba iguales servicios en Toscana y en Roma, allanaba los caminos, y establecia un nuevo sistema de puentes; y en fin el P. Replichat en 1774 aprovechaba, por orden de Federico II de Prusia, sus conocimientos en mineralogía, para buscar los metales que encerraba el condado de Glatz.

Peró en lo que los pontífices, los reyes y los pueblos invitaron especialmente á los Jesuitas á que diesen muestras de su aptitud, fue en la enseñanza de las ciencias y de las letras. Los PP. José Zios, Bernardo Zarzoza, Andrés Galan, Francisco Villalobos, Ignacio Julian, Pedro Cadon, Jaime Basili, Vicente Rossi, José

Pons, Francisco de Sandoval y Pedro Segers fueron colocados al frente de los seminarios de Tivoli, Segni, Anagni, Gubio, Verula, Centi, Velletri, Seti, Sinigaglia, Città del Castello y Ferentino. Los obispos son los encargados de estos nombramientos, y Pio VI se asocia á ellos, y confía al P. Alejandro Cerasola el seminario de Subiaco, que él habia fundado. Créase en Roma una Academia eclesiástica. Esta Academia, casa de estudios superiores y semillero de obispos, de nuncios, cardenales y pontífices, encierra en su seno el porvenir de la Iglesia romana. Pio VI le da por maestro al P. Antonio Zaccaria. La principal mision del Jesuita consiste en formar los nuncios apostólicos¹: así pues era el maestro de los que debian instruir á los pueblos y discutir con los reyes. Después de Zaccaria desempeñó las mismas funciones otro Jesuita llamado José Sozzi.

En Francia se habia extinguido á los Jesuitas para privarles de la enseñanza, y Federico II, el rey filósofo, no ocultaba sus temores acerca el porvenir, cuando el 22 de abril de 1769 escribia á de Alembert²: «Os resentiréis con el tiempo en Francia de la «expulsión de esa Orden, y la educacion de la juventud experimentará sus consecuencias en los primeros años. Este paso es «tanto mas intempestivo, en cuanto vuestra literatura va decayendo, de suerte que de cien obras que se publican, no sin dificultad se encuentra una de tolerable.» Chateaubriand ha visto lo que presentia Federico el Grande; y el Autor de los *Mártires* ha dicho³: «La Europa sabia ha tenido una pérdida irreparable «en los Jesuitas: la educacion no ha vuelto á levantarse desde que «ellos cayeron.» El mismo escritor se expresa en otra obra en estos términos⁴: «Los Jesuitas se sostuvieron y perfeccionaron «hasta su último momento. En el dia se conviene ya en que la «destrucción de esta Orden ha causado un mal irreparable á la «enseñanza y á las letras.»

¹ El cardenal Pacea, en sus *Memorias históricas*, etc., refiere que el soberano Pontífice, después de haber declarado que le elegia para una comision tan importante como difícil, le dijo: «Desde este momento debéis dirigir todos «vuestros estudios á las ciencias sagradas, y recibir las lecciones del abate Zaccaria, fuente inagotable de erudicion, y que os dará los conocimientos eclesiásticos que necesitáis para desempeñar la nunciatura.»

² *Obras filosóficas* de Alembert, tomo XVIII.

³ *Genio del Cristianismo*.

⁴ *Misceláneas* del vizconde de Chateaubriand.

Al salir de la revolucion, cuando estaban aun vivos todos los recuerdos, cuando herian todavía las imaginaciones los espectáculos de destrucción, á los cuales se habia invitado al pueblo; cuando á cada paso temia el pié tropezar en un pavimento ensangrentado, ó la cabeza retrocedia involuntariamente para no inclinarse ante la guillotina, era permitido profesar semejantes opiniones; mas ahora que el principio revolucionario ha pasado en las costumbres de una parte de la nacion, y que lo acepta como sancion de su herencia paterna ó de su materialismo industrial, esas opiniones serian ahogadas por los clamores universitarios. En aquellos tiempos tenian esas eco en todas partes. Si la Francia de los parlamentos y de los enciclopedistas juzgó útil no dejar á los Jesuitas la direccion de la juventud, los otros pueblos, y sobre todo la Alemania y algunos Estados protestantes, no consintieron en aquel suicidio literario que Federico II preveia, y que Chateaubriand ha confirmado. Cuando el rey de Prusia dirigia á de Alembert aquellas líneas proféticas, el colegio de Luis el Grande estaba en su decadencia; pero entonces los Jesuitas hacian brillar en otro punto el poder de su sistema de educacion. Un viajero, Rossignol de Vallouise, visitó en 1767 el colegio Teresiano de Viena, cuya direccion tenian los Padres, y después de llamarlo la primera escuela del mundo, continúa diciendo¹:

«Veiase reunida en esta casa la flor de la nobleza de todos los «Estados de la casa de Austria, alemanes, húngaros, italianos y «flamencos. Cultivábanse en ella con el mayor esmero y el mayor éxito las ciencias, las letras y las bellas artes, honrándose «muy particularmente la historia natural. Formábanse en la misma «colecciones, y se enseñaba además á dibujar y pintar las «producciones de la naturaleza. Matemáticas, física, música, danza, esgrima, geografía, historia; en una palabra, nada se descuidaba de cuanto se necesita para formar un cumplido caballero. Como una treintena de discípulos se aplicaban á la jurisprudencia, y estaban separados de los demás, como de mas edad. «Confesaban y comulgaban mensualmente á lo menos; pero no «se acostumbraba hacerlo mas á menudo. Se procuraba educarles en el mismo tono que debian conservar al entrar al mundo. «Pero lo que interesará mas particularmente á nosotros los fran-

¹ Carta de Mr. Noel, editor de la *Geografía* de Guthrie, pág. 16. (Turín, 1805).

«ceses, es que nada igualaba á la jovialidad, finura y urbanidad
«que reinaba entre aquellos jóvenes. Cualquier extranjero podia
«estar seguro al presentarse de ser acogido con la mayor atencion,
«y de encontrarse como entre antiguos conocidos. No tenia ne-
«cesidad de buscar intérprete: aquellos jóvenes hablaban todas
«las lenguas con la misma facilidad, sin que este estudio per-
«judicase sus ocupaciones literarias, para lo cual un dia de la se-
«mana estaban obligados á hablar en aleman, otro en latin, otro
«en italiano, y dos en francés... Así quedé menos admirado de
«lo que voy á decir. Me hallaba en la mesa al lado del jóven
«conde de Bathiani, húngaro que tenia no mas que once años,
«el cual sostuvo conmigo largas conversaciones. Le oí hablar la-
«tin con la rapidez y la precision de un antiguo profesor de filo-
«sofia; y cuando hablaba francés hubiérais dicho que habia sido
«educado en las riberas del Loire, en Blois ó en Orleans. Con-
«versé con él principalmente en la mesa. No se leia durante la
«comida, á fin de que los niños aprovechasen aquel tiempo en
«instruirse en los idiomas y en las maneras de la buena sociedad.
«Con esta mira se les hacia comer en mesas ovales en las que ca-
«bian doce convidados, ocho pensionistas y cuatro Jesuitas que
«atendían á todo. Cada niño servia por turno á sus camaradas,
«aprendiendo de esta manera á hacerlo con decencia. Esta reina-
«ba en tan alto grado en todos sus actos y en toda su conducta,
«que á pesar de que permanecí mucho tiempo entre ellos, no les
«oí ni siquiera una vez una palabra ó un chiste contrario al res-
«peto que se debe á la Religion, á las buenas costumbres y á los
«mutuos miramientos que el espíritu de sociedad prescribe.»

Encómiase en Viena la educacion que los restos de la Compañía propagan por el sistema de Loyola; en Breslaw, uno de los discípulos del P. Kœhler, llamado Augusto Theiner, que llegará á ser un escritor distinguido, ofrece en 1833 á su anciano maestro este homenaje tan justo como tierno: «Debo, dice, la educacion
«de mi juventud á ese Kœhler, tan conocido de todos los habi-
«tantes de la Silesia, que ha tenido la gloria de ser el primero en
«introducir en esta provincia el sólido estudio de las lenguas orien-
«tales. Kœhler ha prestado á la instruccion pública en Silesia ser-
«vicios que reconocen igualmente los Católicos y los Protestantes.

*Historia de las Instituciones de educacion eclesiástica, tomo I, introduc-
cion, pág. 31.*

«Por el conocimiento que tengo en la actualidad de los Jesuitas,
«puedo certificar que este sabio es digno de su Orden ilustre.
«Sentía un indecible placer cuando le oia á menudo expresar con
«la mas amable sencillez el piadoso deseo que alimentaba de mo-
«rir, si posible fuese, con el hábito de su Instituto.»

María Teresa habia cedido á las leyes de la necesidad al dar su consentimiento á la abolicion de la Compañía de Jesús; pero no permitió que saliesen sus individuos de su colegio. En Baviera el P. Bonschab es elegido rector para el de Munich. El P. José Mangold desempeña el mismo cargo en Ausburgo. Cuarenta Jesuitas lo dirigian en 1777, y podia citar con orgullo entre sus profesores á Francisco Neumáyr, Luis Merz, José Stark, los dos primeros, oradores y controversistas célebres, y erudito el último, que tradujo en aleman las mejores obras francesas. Después de la extincion de la Orden el elector de Colonia nombra á Juan Carrich superior del colegio de las Tres Coronas y rector de su universidad. El príncipe Carlos Teodoro, elector palatino, deja á su direccion el colegio de Manheim, en el cual vivió y murió el Padre Desbillons, desterrado de Francia.

Por todas partes se nota la misma reaccion en favor de los Jesuitas. Juan de Osuna es llamado á dirigir el colegio de los Sabinos; Antonio Pinaro á inspeccionar los estudios en Milan; Juan de Dios Nekrepp es presidente en Viena de la Academia imperial de las lenguas orientales; Juan Tuberville de la de Bruselas, y Juan Molnar de la universidad de Buda. El elector de Maguncia invita á los Jesuitas á que vayan á enseñar en sus Estados, ofreciéndoles pensiones vitalicias é inmensas ventajas. Se les conserva en Ratisbona y en Lieja, donde el P. Hawart educa á los jóvenes ingleses en la piedad y en la literatura. En Prato, Panizoni, profesor de matemáticas, se retiró al publicarse el breve de Clemente XIV; pero los discípulos se retiran con él, y no vuelven hasta que Leopoldo, gran duque de Toscana, le ha reinstalado. Las cátedras de las ciencias elevadas fueron patrimonio casi exclusivo de los Jesuitas. Pablo Mako, Esteban Schænvisner, Juan Bautista Howath, Francisco Luino y Antonio Lecchi son designados por María Teresa, los unos como asesores, los otros como maestros de numismática, de antigüedades, de arquitectura militar ó de hidráulica. La universidad de Ferrara nombra á Antonio Ville profesor de elocuencia y de antigüedades griegas y latinas. El gran



duque Leopoldo da á Leonardo Jimenez el encargo de generalizar en Toscana la enseñanza de la física y geometría. Este Jesuita, lumbrera de las academias de Paris, Viena y Petersburgo, creó el observatorio de Florencia. Por el mismo tiempo Eckel ordena el museo numismático de aquella ciudad; Joaquin Pla enseña en Bolonia la lengua caldea, y la Academia de Mantua corona la disertacion de la mecánica sublime del P. Antonio Ludena.

Hallábase libre por fin el P. Rogerio Boscovich, y todas las universidades y las academias de Europa se disputaron el sabio Jesuita, el cual no consintió jamás en separarse del regazo de su madre la Compañía de Loyola. Cuando Clemente XIV hubo pronunciado la sentencia de muerte del Instituto, Boscovich cedió á los deseos de Luis XVI, que le instaba en una carta autógrafa «á que se retirase á sus Estados para entregarse á las meditaciones sublimes, y á fin de satisfacer su ardor por los progresos de las ciencias.» La Francia desterraba á los Jesuitas franceses; pero su Rey, más justo que ella, abría su capital á los extranjeros. Nombróle director de la óptica para la marina con una pensión de 8000 libras tornesas. Pero fuese odio hácia al Padre, ó sentimiento de celos hácia el sabio, Boscovich se vió envuelto por las intrigas de Alembert¹ y Condorcet. No estaba acostumbrado á esas pasiones que absorben el genio y matan la emulacion, y abandonó la Francia para ir á buscar el reposo en Milan, reposo que fue para él un nuevo manantial de gloria.

Mientras que Boscovich atrae sobre sus trabajos las miradas de la Europa sabia, otro Jesuita hacia aplaudir sus tentativas en la extremidad de la Europa. Poczobut se hallaba en el observatorio de Wilna, que habia restaurado. En 1773 descubre la constelacion del Toro real de Poniatowski. El compañero fiel de los trabajos astronómicos de Poczobut es tambien un Jesuita, el matemático

¹ Se ha negado que de Alembert haya suscitado disgustos á Boscovich; hé aqui una nota de Lalande, que transcribe Montucla en su *Historia de las matemáticas*, tomo IV, pág. 288: «El P. Boscovich, dice, que habia hecho investigaciones muy sabias é ingeniosas acerca esta especie de equilibrio, fue atacado por de Alembert (*Opusc.* 1761, tomo I, pág. 246); no amaba á los Jesuitas, porque habian criticado la *Enciclopedia* en su *Diario de Tréveris*, y persiguió al P. Boscovich toda su vida. Este empero probó que de Alembert se equivocaba en una nota puesta en 1770 en la traduccion de su obra sobre la tierra. (*Viaje astronómico y geográfico*, pág. 449). El P. Boscovich no era tan aventajado en el cálculo integral como de Alembert, pero no le cedía en talento.»

Andrés Strecki. Maximiliano Hell, ese inventor tan profundo en las ciencias exactas, se traslada á Wardhus en Laponia, á invitacion de Cristian VII de Dinamarca. El autor de las *Efemérides astronómicas* debe observar en aquel punto el paso de Venus, observacion que produjo los mas satisfactorios resultados¹.

Es ciertamente extraordinario el número de los Jesuitas que, como Boscovich, Poczobut y Hell, eran el lustre de la Compañía en la época de la extincion. En Roma brillaban los PP. Asclepi y Veiga, y en Viena descollaban al lado del P. Hell, el astrónomo y matemático imperial, Pilgram, Mayr, Sainovicz, Paulian, Vautrin, Gainella, sus hermanos en el Instituto, y sus colaboradores ó emulos en la ciencia. El P. Liesganig, cuyo genio admiró Lalande, se retira á Lemberg. Nada le une á la tierra desde que han roto los vínculos que unian á la Compañía de Jesús. El autor de una *Medida de muchos grados del meridiano* parece olvidar sus trabajos por la oracion. Weis en Tirnau, Mayr y Tirnebepper en Gratz no abandonan el campo de batalla astronómico. Otros tienen tambien que unen el valor de la ciencia con el de la resignacion. «Habia, dice Montucla², pocos colegios grandes de la Compañía, sea en Alemania, sea en los países inmediatos, en que la astronomía no tuviese un observatorio, como los de Ingolstad en Baviera, de Gratz en Stiria, de Breslaw y Olmutz en Silesia, de Praga en Bohemia, de Posen en Lituania, etc. Pero muchos de estos observatorios parecen haber sufrido la misma suerte que la Compañía. Los hay, sin embargo, que sobrevivieron á su

¹ Lalande habia rogado á diferentes astrónomos, que le enviasen sus observaciones para que pudiese calcularlas, compararlas y deducir la distancia del sol á la tierra. Hell no envió las suyas á Paris, sino que las publicó en Alemania, siendo su resultado mas decisivo y exacto que el del astrónomo francés. Lalande se vengó en el *Diario de los Sabios*, de 1790, y Hell respondió. Sin embargo, cuando la muerte trajo el día de la verdad y de los elogios, Lalande hizo justicia á su rival. «La observacion del P. Hell, dice en la pág. 722 de la *Bibliografía astronómica*, año 1792, dió el mas completo resultado: ella fue en efecto una de las cinco observaciones completas hechas á tan largas distancias, y en que la distancia de Venus, alargando la duracion de su paso, nos ha dado á conocer la verdadera distancia que hay desde el sol y los planetas á la tierra; época memorable de la astronomía, á la cual estará unido con justo título el nombre del P. Hell, cuyo viaje fue tan útil, curioso y lleno de incomodidades, como ninguno de los que se emprendieron con motivo del paso de aquel planeta.»

² *Historia de las matemáticas*, tomo IV, pág. 344.

«extinción, como por ejemplo el de Praga. Este observatorio, terminado en 1749, estuvo ocupado muchos años por el P. Stepling, hábil geómetra y astrónomo, á quien la universidad de Praga debe principalmente la introducción de las ciencias exactas «en su seno.»

Cristian Mayer en Manheim; Espiritu Pezenas en Marsella; de Cesaris y Oriani en Milan; Lecchi en Viena; Scheffer en Ausburgo, son apreciados por los pueblos y amados de los reyes. Francisco Schrank llega á ser el naturalista de la Alemania, el émulo de Buffon, y el amigo de Daubenton. El hermano coadjutor Miguel Zabala, desterrado en Roma, se entrega al estudio de la medicina para ofrecer los socorros de su arte á los pobres; pero muy pronto es nombrado médico en jefe del hospicio real de San Jaime. El P. Javier de Borgo, ascético, orador é ingeniero, prosigue su triple carrera en el mundo, mientras que el P. Eckel, el numismático del siglo pasado, publica su *Ciencia de las medallas*, y que Requeno se anticipa al abate Chappe en la invención de los signos telegráficos.

Lo que los unos emprendían para glorificar á Dios por medio de las ciencias humanas, otros lo llevaban á cabo en los estudios sagrados, en la historia, en la filosofía y en la literatura. El Padre Juan Bautista Faure era su maestro. Erudito consumado, dialéctico tan brillante como poderoso, había pasado su vida en las luchas intelectuales. La ciudad y el senado de Viterbo le erigieron una estatua y un sepulcro. El P. Lazari, hábil lingüista y profundo teólogo, fue en diferentes épocas consultor del *Index*, y corrector de los libros orientales; destinos en los cuales le mantuvo Clemente XIV, quien al propio tiempo que extingue á los Jesuitas, suplica á Lazari que no renuncie á sus funciones de examinador de los obispos. Marotti es secretario de las cartas latinas, y Aquasciati consultor de los ritos. Al subir al trono Ganganelli encuentra al P. Angeri revestido con el título de teólogo del Papa, y lo retiene á su lado aun después de haber destruido la Compañía. En la muerte de aquel Padre, Pio VI no quiso hacer menos que su predecesor. Los Jesuitas eran heridos de muerte eclesiástica, y los Pontífices y los obispos católicos los colocaban á su lado, y casi en sus consejos.

Jacinto Stoppini, Vicente Bolgeni, José Marinovich, Vicente Giorgi, Alfonso Muzarelli fueron llamados sucesivamente á ese

puesto de confianza, y se perpetuaron en él desde la extinción hasta el restablecimiento de la Compañía. Muzarelli siguió á Pio VII cuando fue arrancado del palacio Quirinal por una escolta de gendarmes: otro Jesuita, Faustino Azevaló, fue instalado en el centro del mundo católico como teólogo del Papa, por el cardenal di Pietro, su representante. Cada obispo había tomado por guía un Padre del Instituto. Diego Fuensalida se hallaba con ese título en Imola, cerca del cardenal Chiaramonti; Javier Perotés en Ancona; Antonio Masdeu en Ravena; Cominelli en Padua; Bellini en Vicenza; Erce en Ferrara; Perez de Valdivio en Fano; Franciori en Savona; Caetani en Cesena. En todas las diócesis eran los directores del prelado, los examinadores sinodales, y los casuistas mas experimentados. El P. Benito Statler, teólogo y filósofo, es el consejero eclesiástico del elector de Baviera: combate el kantismo, y publica su *Ética cristiana*. Tomás Holzklau con los PP. Kilber, Neubaer y Municz componen la *Teología de Wurzburg*. Edmundo Voit, Burkauser, Wyrwick, Para du Phanjas, Guenard é Iturriaga aclaran con sus escritos las cuestiones mas oscuras; son los herederos de la última generación de los Jesuitas que no ha visto las calamidades del Instituto, y reemplazan en el mundo sabio á los PP. Juan de Ulloa, Jorge Hermann, Gravina y Delamare, muertos desde el año 1760 al 1766, siguiendo las huellas del P. Zech, el mas consumado canonista alemán del siglo XVIII.

Aunque diseminados por todas partes, no pierden nunca la afición á la erudición y á los estudios. Aquí brillan los exegeticos Pedro Curti, Hermann, Goldhagen, Juan Géner, Alfonso de Nicolai, y Champion de Cicé-Nilon. Alli Weith, Javier Widenhoffer, Ignacio Weitenaver y Nicolás de Diesbach, alternativamente soldado, protestante, orador y controversista de la Compañía de Jesús. Carlos Sardagna, Antonio Weissembach, el adversario de los Josefistas, Sigismundo Storchenau, Nonnotte, Schevenfeld, Noghera y Agustin Barruel, fueron los últimos atletas de la Compañía. «Entre las diferencias que se suscitaron «desde 1786 hasta 1792 entre los nuncios del Papa y los electores «eclesiásticos de Alemania, dice el cardenal Pacca¹, fueron aun «los Jesuitas los que se presentaron en la liza contra los enemigos «de la Santa Sede, y vinieron á ilustrar y fortalecer á los fieles «con escritos sólidos y victoriosos.» El Cardenal cita en primera

¹ *Memorias históricas del cardenal Pacca*, tom. I, pág. 103.